

Todo esto es verdad, mucha verdad. Y como yo quiera que haya Bolsas y Bolsines, sucede lo propio, nada tiene de extraño que un hombre eminente como escritor, como filósofo y como economista, bien que de ideas tan radicales como P. J. Proudhon, emitiera sobre la Bolsa en una obra que, como todas las suyas, adquirió bastante celebridad, juicios muy severos, algunos de los cuales son por cierto bastante fundados. Nuestros lectores nos agradecerán seguramente que presentemos un pálido bosquejo de la obra á que nos referimos, y (1) de la que, á su aparición, se ocupó bastante la crítica.

Principió esta obra por ser una especie de vademecum, el breviario de la Bolsa. Distingúese de otros manuales por contener algunas nociones de economía política que explicaban el papel de la especulación, ya como fuerza productora, ya como operación bursátil, acompañados de algunas apreciaciones críticas de simple buen sentido. Refundió el autor su libro en 1857, discutiendo más á fondo las operaciones de Bolsa. Calificando ya los actos y remontándose á las causas, definió las situaciones y calculó sus tendencias, valiéndose para ello de elevadas consideraciones económicas y de derecho. El *Manuel du spéculateur à la Bourse* quedó así transformado en una obra de filosofía social, en la que todos sus juicios estaban sometidos á dos consideraciones de orden superior: la moral pública y el movimiento económico. Vamos, pues, á exponer someramente dichas consideraciones según P. J. Proudhon.

**Moral pública.** El orden agrícola é industrial, esta primera y profunda base en la que descansa el edificio social, está en plena revolución; la transformación por la supremacía del trabajo de la supremacía del privilegio, está en todas partes y á la orden del día. Tal es el hecho general, decisivo, que destaca en primer término en nuestro inventario industrial. Luego, toda revolución que tenga por objeto distribuir y explotar la fortuna pública es una ocasión de triunfo para la mala fe. El juego, el agiotaje no son las únicas causas de los escándalos de la época. Ante el espectáculo de algunas fortunas improvisadas, inatacables quizás bajo el punto de vista de una legalidad incompleta, pero enteramente ilegítimas ante la conciencia y juzgadas tales por la misma, se han estremecido la mayor parte de las almas débiles, en quienes el deseo de bienestar había corrido más aprisa que el sentido moral. Los antiguos programas políticos y sociales fueron sustituidos por esta moral al uso de los bolsistas: «De todos los manantiales de la fortuna, el trabajo es el más precario y el más pobre. »Sobre el trabajo existe el peso abrumador de las fuerzas productoras, fondo común de la explotación nacional, del que el gobierno es el dispensador supremo. Luego viene la especulación, es decir, el conjunto de medios no previstos por la ley y que se escapan á la justicia, para sorprender el bienestar ajeno.» Esto es tan cierto, que se puede interrogar al primero que se presente y veréis como os dice que ningún beneficio obtenido por concesiones del Estado, por las combinaciones de la comandita y por las negociaciones efectuadas en la Bolsa, está exento de corrupción, de violencia ó de fraude, y que sobre cien individuos enriquecidos que elijamos al azar, quizás no se

(1) *Manuel du spéculateur à la Bourse*, par P. J. Proudhon. (Paris 1857).

hallarán diez que mercantilmente sean honrados. De este descrédito dimanán los siniestros que impresionan todos los días á las compañías financieras. ¿Qué debemos deducir de todo esto? Que los hechos y las actitudes de la Bolsa han hecho tabla rasa de la honradez comercial. La exajeración arbitraria, insultante, de los alquileres, la movilidad de las tarifas, la fusión de las compañías, las confiscaciones y las expulsiones por causa de utilidad pública han destruido el respeto á la propiedad, y, lo que es peor, han desterrado de los corazones el amor al trabajo. «Ya no vivimos, dice Proudhon, sino merced á la policía, á la fuerza.»

**Movimiento económico.** La culpa de semejante estado de cosas reside menos en los hombres que en las ideas. Mucho tiempo hacía que Proudhon indicaba el peligro del movimiento económico, que definía en estos términos: «La anarquía industrial próxima á sucumbir á manos del feudalismo industrial.» Anarquía industrial, feudalismo industrial, constituían, según él, la gradación inevitable. «Hoy, añade, existe el feudalismo industrial reuniendo todos los vicios de la anarquía y de la subalternización, todas las corrupciones de la hipocresía y del escepticismo: sistema de concurrencia anárquica y de coalición legal; sistema de concesiones gubernamentales y de monopolios de Estado; sistema de corporaciones avasalladoras y explotadoras en forma de comanditas y anónimas; sistema de deudas nacionales y de empréstitos populares; sistema de explotación del trabajo por el capital; sistema de báscula mercantil y de brigandaje bursátiles; sistema de consumir el porvenir por un presente cada vez más pobre.» Pero el feudalismo industrial no es otra cosa que una crisis transitoria como la anarquía industrial, para volver, merced á una concentración más poderosa todavía, al imperio industrial. Todo nos induce á marchar hacia él; la tradición monárquica, las analogías de la historia, el instinto popular, las preocupaciones de la democracia. A falta del derecho, de la libertad y de la igualdad, tendremos á lo menos la unidad. Pero ¿qué es el imperio industrial? El mismo principio anárquico, el famoso *dejad hacer, dejad pasar*, una reducción absurda de la economía política clásica y oficial; en una palabra, una contradicción. Y como una contradicción no es el derecho, menos aún la libertad y la igualdad; y sin libertad, sin igualdad y sin el derecho, la crisis no puede terminar, de ahí el que se encuentre en su tercera fase. Esto explica, añade Proudhon, el que el gobierno de Napoleón III resista á la lógica de las ideas que, á su pesar, le impele á transformarse de imperio político en imperio industrial. ¿Qué no daría él á quien pudiera conciliarle estos tres términos: anarquía industrial, feudalismo industrial, imperio industrial? ¡Vana esperanza! El constitucionalismo, sin estabilidad en política, en economía es absurdo. El derecho social no puede ser producto de tres fórmulas en derecho negativas, así como jamás saldrá la unidad de una suma de ceros. La fórmula imperial no tiene aplicación ninguna en el orden económico. ¿Qué hay que hacer, pues?

«Acabemos, dice Proudhon; la revolución comenzada en 1789 que en la república industrial (no hablo del gobierno ni hago aquí política) fundó el equilibrio económico y social, es decir, el derecho, la libertad, la igualdad, el honor, la paz, el progreso, la alegría interior, todas las virtudes cívicas y domésticas; es la única que puede poner coto á las demasías y escándalos de una época que toma por Decálogo la Bolsa y sus

«obras, por filosofía la Bolsa, por política la Bolsa, por moral la Bolsa, por patria y por iglesia la Bolsa.»

Siguiendo Proudhon este orden de consideraciones, trata todas las cuestiones de derecho económico y de moral bursátil. Estudiando primero, en una parte de su obra teórico y práctica, las formas que reviste la especulación, los resortes, los engranajes de la Bolsa, los cuales mueve y hace funcionar á la vista del lector; y, después, trata de las materias de la especulación, de los elementos del agiotaje, de los fondos públicos franceses y extranjeros, de las acciones y obligaciones de las compañías, que cuida de presentar por su lado fuerte y por el flaco, por el bueno y por el malo.

Después de un prolongado, concienzudo y profundo examen de cada uno de esos elementos del agiotaje en particular, deduce Proudhon consecuencias generales, *consideraciones finales* como las llama. «Precisa, dice, una radical transformación de la sociedad en el sentido de la libertad, de la igualdad de las personas y de la confederación de los pueblos; mas no la queremos ni violenta, ni expoliadora. Se trata de buscar los caminos y los medios que á ella nos conduzcan, y por aquí terminaremos nuestro manual.» De su libro se desprende que habiendo encontrado el trabajo el secreto de *comanditarse* por sí mismo, hallando en sí mismo su potencia de circulación y su conducto de salida, ya para nada necesita del crédito de los privilegiados, de la dirección de una aristocracia, del protectorado de un emperador ó de un rey. Lo que constituye la base de toda empresa industrial, de toda especulación mercantil ó financiera, es la división del trabajo, el grupo obrero, la solidaridad de la producción y del consumo, todo lo que indique una acción ó una función colectiva. Que la colectividad adquiera, pues, conciencia de su valer, y, en vez de servir á la explotación individual, no querrá ya producir sinó por sí misma; entonces las instituciones de crédito, los servicios públicos, las corporaciones obreras, en vez de obrar en provecho de algunos, trabajarán para todos, y se habrá operado la revolución así en la propiedad como en el Estado. No hay que forjarse ilusiones, añade: el organismo industrial destruído en 1789 sólo desapareció para dar lugar á otro más profundo, más extenso, despojado de todo privilegio y templado en la libertad y en la igualdad populares. En otro tiempo, prevalecía la casta; ahora, todo tiende á ser pueblo: la fusión de las dos clases se opera rápidamente por la cooperación y la asociación, encaminándose hacia la *democracia industrial*. Algunas modificaciones introducidas en los estatutos de las grandes compañías asegurarán su advenimiento, y el capital llegará á ser el subalterno del trabajo. Esto es de justicia según Proudhon, quien, con razón á nuestro modo de ver, termina diciendo: «más riquezas tiene el obrero en la palma de su mano, que existen en la superficie de la tierra. No hay que olvidarlo pues: la base de toda especulación honrada y fecunda consiste en el trabajo.»

Ya hemos visto el espíritu de esta notable obra. Lejos de ser, como parece indicarlo su humilde título, un manual para guiar á los especuladores á que jueguen con seguridad, es más bien la revelación de los hilos de la especulación, para prevenir al público contra ella y preservarlo de sus maquinaciones. Indudablemente que al estudiar Proudhon el agiotaje, lo eleva á la altura de una ciencia política y social y lo presenta tal cual es, para que todos lo conozcan y sepan guardarse de caer en sus terribles redes.

Un escritor español, al ocuparse de los agiotistas y suponerles capaces de especular hasta con la honra de la patria, se expresa en los términos siguientes:

«Y sin embargo, ¿qué vale el agiotaje de los valores reales si se le compara al que se está ejerciendo á toda hora con los valores ficticios? Aun prescindiendo del escandaloso y punible tráfico que los gobiernos y los funcionarios públicos hacen muchas veces con el papel del Estado, ¿quién no ha visto, siquiera una vez, en todas las naciones adelantadas en esta peligrosa carrera, á los agiotistas que invaden la Bolsa, como compran sin poder pagar, venden sin poder hacer entrega, y explotan á los incautos todos los días, á todas horas y por todos los medios que les sugiere su pasmosa habilidad? Unos, todavía novicios, no se atreven sinó á negocios en pequeño y á especulaciones modestas: otros, más aguerridos, no vacilan en acometer con la bolsa vacía operaciones sobre miles y millones; y como si la hora de los mercados públicos no bastase á su voracidad de dinero, cuando se cierra la Bolsa van á especular en el Bolsín: entonces se reúnen en medio de la calle y continúan allí sus especulaciones, sin que por esto se olviden de proporcionar algún alimento á su constante ocupación por la tarde y por la noche en las casas de juego, porque el día no basta á su insaciable rapacidad.»

«A pesar de cuanto llevamos dicho sobre el agiotaje, no han faltado escritores que lo hayan considerado como un medio activo de aumentar y de hacer circular las riquezas. Estos escritores no han advertido, sin duda, que en el agiotaje hay mutación, pero no aumento de la riqueza, porque con él no se produce utilidad para uno sin pérdida para otro; y porque el agiotaje es como los privilegios políticos: no produce nada y á veces impide que se produzca: ni vive por sí mismo, sinó de la sustancia de la cosa sobre que se ejercita. Cuantas más bancarrotas se ven, más éxito tiene el agiotaje: su prosperidad crece en razón directa de la adversidad de los tiempos, porque entonces la industria se ve precisada á caer en sus manos, y aprovechándose de las calamidades públicas, no capitula con ellas, sinó que las obliga á rendirse á discreción.»

El eminente publicista Mauricio Block (1), al ocuparse de las operaciones bursátiles, dice que las efectuadas al contado constituyen siempre un negocio real y serio; mientras que las á plazo son á menudo un juego en el que el azar más ó menos inteligente distribuye la ganancia. Decimos más ó menos inteligente, añade, porque hay jugadores que reflexionan sobre las circunstancias que deben, según las probabilidades, influir en el precio de los efectos, y basan las operaciones en el resultado de sus conjeturas. Por lo demás, las ventas á plazo y con primas, es decir, aquellas que real y positivamente constituyen un juego de diferencias, se las designa por medio de la palabra *agiotaje*. Algunos, es verdad, reservan esta palabra para aplicarla á los ardidés que frecuentemente acompañan á dicho juego, como, por ejemplo, al conjunto de noticias falsas y de rumores más ó menos alarmantes llamados á producir ó á ex-

(1) *Dictionnaire général de la politique*. París, 1863.

tremar ora el alza, ora la baja; á las compras ó ventas por grandes cantidades en un momento dado, etc. El sentido moral del público, sin embargo, condena las operaciones á plazo y con prima sin distinción.

Según Mr. Block, ninguna utilidad ofrecen dichas operaciones, ni satisfacen tampoco necesidad alguna; antes por el contrario, ocasionan cierta perturbación en el movimiento natural de los negocios, introducen un elemento extraño en la determinación de los precios y en la oferta y la demanda tales como las comprende la ciencia económica. En la venta en firme, la oferta indica la abundancia; la demanda, la necesidad que hay que satisfacer según la escasez relativa. En las ventas con prima, al contrario, el capricho, hasta quizás las pasiones pueden modificar los datos y las tendencias naturales del mercado. De todo esto deduce que se exageran á veces el alcance y la significación de los movimientos de alza ó de baja. En el «Templo de Mammon», dice, no todo es natural y sencillo como en las cosas ordinarias de la vida. ¿Por qué la renta se afectará por tal ó cual acontecimiento que tenga lugar acaso en otro hemisferio? ¿dejarán de pagarse con igual exactitud los intereses porque yo ceda títulos á menor precio? No ignoramos que el acontecimiento puede ejercer influencia; puede, por ejemplo, determinar una carestía en el algodón que disminuya la fabricación y obligue hasta cierto punto á que varios tenedores de la renta enagenen estos valores, determinando una baja más ó menos sensible en su precio la multiplicidad de las ofertas. Pero sólo cuando no hay más que ventas serias ejercen los hechos exactamente su influencia legítima; mientras que las ventas aparentes alteran ó modifican muchas veces su expresión.

Sin embargo de esto, según Mr. Block la Bolsa es realmente un termómetro del crédito público, aunque menos sensible de lo que algunos pretenden, siempre demasiado para que dejen de tenerse en cuenta sus advertencias. Termina calificando la Bolsa de mal necesario, expresándose en esta forma: «No han dejado de tomarse medidas encaminadas á eliminar cuanto pudiera alterar sus indicaciones: las leyes señalan penas contra las ventas simuladas; las deudas del juego no pueden ser reivindicadas ante los tribunales de justicia; los *coulissiers* son perseguidos; los *tourniquets* prohíben la entrada en la Bolsa á los jugadores pequeños. Nada, empero, es bastante: el amor al lucro, ó, para hablar más culto, la fuerza de las cosas, ha hecho ilusorias todas esas medidas; y como la Bolsa es indispensable, como no bastaría con quitar este tapete para conseguir que el juego cesara, de buen ó mal grado hemos debido resignarnos á soportar sus inseparables inconvenientes.»

Otro economista, también de talla, á quien hemos citado ya, reprueba igualmente por inmoral y funesto el agiotaje bursátil, y se expresa en términos no menos enérgicos que los anteriores. Dice:

«La importancia de las operaciones que se hacen con las rentas y el agiotaje á que dan lugar, desvian la atención de las contrataciones sobre mercaderías é inducen á muchos á considerar la Bolsa como una gran casa de juego oficial. Por un lado los empréstitos considerables que los gobiernos levantan, los privilegios otorgados á los prestamistas, cuyas rentas no se ven y pueden ser transferidas sin otros gastos que una comisión pagada á un agente de cambio, quedando, además, abierto para ellas

»todos los días el mercado al contado; por otro lado, la imposibilidad de distinguir claramente los negocios á plazo lealmente hechos y legales de las operaciones ficticias, que no vienen á ser más que apuestas sobre el alza y la baja; la complicidad, en fin, de una administración que cuenta con un movimiento activo de transacciones diversas para en caso necesario colocar nuevos títulos de empréstito: todas estas circunstancias hacen que sea difícil poder apreciar hasta qué punto entra el juego en las operaciones diarias y el que, bajo muchos aspectos, considerada, sea la Bolsa un detestable sitio á donde van á perderse muchas existencias.

»El juego de Bolsa tiene fatales consecuencias sobre la moralidad y la fortuna pública. Al ver considerables fortunas adquiridas en poco tiempo y sin trabajo, se disgusta uno de las profesiones laboriosas y honradas, y arriesga sus modestos haberes para correr en pos de eventualidades atrevidas. Los ahorros desaparecen y muchas son las víctimas que van á rendir tributo al pequeño número de los afortunados. Estos últimos suelen á su vez ser víctimas de la pasión por el lujo y los gastos disparatados, por lo mismo que los bienes mal adquiridos raras veces aprovechan.

»A tamaños escándalos sólo cabe oponer un eficaz remedio, cual es el establecimiento del orden y la economía en la gestión de los negocios públicos, renunciando por completo al deplorable sistema de sacrificar al presente el porvenir por medio de los empréstitos. Mientras los gobiernos tengan que sostener una pesada deuda flotante; mientras tengan que colocar ó puedan colocar en el mercado nuevos títulos de renta, consolidarán el monopolio de los agentes de cambio, formarán sindicatos generales y, en una palabra, lejos de reprimir el agiotaje de la Bolsa, le facilitarán ayuda y protección.»

Y ampliando más estas ideas, dice M. Horacio Say en otro lugar:

«Un ministro de Hacienda, sea cual fuere el gobierno, en el estado actual de Europa tiene necesidad de recurrir á menudo al crédito público; tiene que nivelar déficits; ha de mantener una deuda flotante más ó menos considerable; debe siempre prever la necesidad en que habrá de verse de tener que negociar nuevos empréstitos. Por todo esto, para que otros valores puedan llegar á la cartera de los capitalistas, para colocar las rentas, lo que, en lenguaje financiero, quiere decir para que lleguen á absorber los ahorros parciales de la nación hasta que constituyan una parte importante del patrimonio de los particulares, precisa que haya un mercado siempre abierto en donde se realicen diariamente negocios numerosos, una Bolsa en donde se pregonen las rentas, con operaciones á plazo, con *réport* de uno á otro mes, con ventas con *prima*, en fin, digámoslo claro, con *agiotaje*. Ningun ministro de Hacienda halla banquero dispuesto á tomar al por mayor títulos de un empréstito, si no puede detallar su venta y fraccionarlos hasta el infinito; siendo indispensable para ello que disponga el banquero de cierta latitud para sostener las cotizaciones por medio de compras al contado que le faciliten ventas á plazo; le hace falta una Bolsa en la cual por el cebo del juego, atraiga capitales de todos los confines de Europa.»

Y termina con estas notables palabras:

«Que sepa una nación gobernarse á sí misma; que en ella los derechos y la pro-

»piedad de cada cual sean escrupulosamente respetados; que se llegue á prescindir  
 »de ejércitos permanentes numerosos; que se acabe esto de pedir ser enseñado, cui-  
 »dado, asistido, alimentado y ocupado á expensas de una administración por esto  
 »mismo absorbente; que se renuncie, en fin, á devorar en empréstitos los recursos  
 »del porvenir, y los escándalos de la Bolsa desaparecerán en seguida con facilidad.»

Podríamos aducir todavía una interminable serie de irrefutables testimonios conde-  
 nando el tráfico y agiotaje bursátiles, á nombre de la moral y de la conveniencia pú-  
 blica; podríamos citar la opinión unánime de todos ó casi todos los publicistas y  
 escritores de más talla, militando en diversas escuelas y partidos, cuya reprobación es  
 unánime sobre este punto. Renunciamos á ello en obsequio á la brevedad, bastando  
 con remitir á nuestros lectores á la jurisprudencia sentada por la sala del Tribunal  
 Supremo en sentencia de 21 de marzo de 1884 (1), por la que no se reconocen como  
 fundamento de acto alguno de contratación mercantil, ni como origen de obligaciones  
 civiles, las operaciones nominales de efectos públicos.

Lo dijimos ya al ocuparnos de dicha sentencia y lo repetiremos ahora, puesto que  
 conviene en gran manera rectificar muchos juicios y que las personas sensatas sepan  
 á qué atenerse con respecto á las contrataciones bursátiles y á lo que se ha dado en  
 llamar *profesión de bolsista* (2). En sana moral no puede concebirse, ni cabe tampoco,

(1) En la nota puesta al pie de la página 19 de este tomo se habla con extensión de dicha sentencia, co-  
 piando íntegros la exposición de hechos que la motivó y los considerandos en que se apoya.

(2) Sobre estos caballeros, no pesan las amarguras del industrial y del tendero cuando son víctimas de  
 la codicia ó de la mala fe de los agentes del fisco encargados de la comprobación del subsidio industrial y  
 de comercio, y ni siquiera pagan contribución alguna. Se nos ha ocurrido varias veces, como medida indi-  
 recta de refrenar esa mal llamada *especulación bursátil* (honrosa palabra de que abusan los *jugadores de*  
*Bolsa*), la idea de que interviniendo el Gobierno las liquidaciones diarias de las Bolsas y Bolsines por me-  
 dio de un delegado idóneo y de nombramiento oficial, pero pagado con fondos de los mismos, podría crear  
 un impuesto sobre esas operaciones aleatorias y obtener cada año pingües ingresos. Suponiendo que el  
 pago se hiciera por medio de un sello especial de una peseta por cada 200 mil reales, que diariamente per-  
 cibiera el delegado del Gobierno á tenor de lo que fueran arrojando las liquidaciones totales, no vacilamos  
 en asegurar que de Barcelona sólo se recaudarian millones de pesetas por dicho concepto; tantas y tan  
 hondas raíces tiene echadas desgraciadamente en ella el mal que lamentamos. A los que consideren tal vez  
 exagerado dicho impuesto, les tranquilizaremos observando que no redundará sobre ningún ramo de produc-  
 ción; y en cuanto á su equidad y justicia, no sabemos ver porqué se obliga al pago de matrícula hasta á las  
 dueñas de casas de prostitución y aun á las mismas prostitutas públicas, y no ha de exigirse de los bolsistas  
 ó jugadores por cuenta propia y ajena. Téngase en cuenta, además, que el impuesto dicho, siendo crecido,  
 no afectaría á las transacciones en firme sobre fondos públicos, muchas de las cuales tendrían lugar en-  
 tonces ó directamente entre verdaderos especuladores y rentistas, ó intervenidas, como debiera ser, por  
 corredores de número colegiados, sin que constaran para nada en las liquidaciones diarias de las Bolsas ó  
 Bolsines. La medida que proponemos no evitaría el juego; pero sobre ser la base de un no despreciable y  
 saneado ingreso para el Tesoro, lo dificultaría hasta cierto punto y atenuaría sus deplorables efectos. Los  
 impuestos que gravitan sobre el lujo, los placeres y el vicio, deben preferirse siempre á los que pesan so-  
 bre artículos de primera necesidad: aquellos tienen un fin moral y lo llenan cumplidamente; al paso que  
 estos aumentan el general malestar, hacen más cara la subsistencia, reclaman aumentos justificados en los  
 salarios y contribuyen á que sea cada vez más aflictiva la ya precaria situación del pobre obrero. Siempre  
 hemos creído que estableciendo determinados impuestos suntuarios, como, por ejemplo, el recargo de un

distinción esencial alguna entre el jugador de garito y el que acude á la Bolsa ó á los  
 Bolsines para comprar papel que no retira ó vender papel que no tiene, con la única  
 mira de *liquidar diferencias*. Ambos son, en el fondo, *jugadores*, y sólo se diferencian  
 por las apariencias: quien se entrega á tan repugnante vicio en un garito, y quien hace  
 lo propio en la Bolsa y en los Bolsines; del mismo modo que uno puede entregarse al  
 innoble abuso de bebidas alcohólicas en un café ó bien en una taberna. Quien esto nie-  
 gue, forzosamente ha de tener pervertido el sentido moral.

EMILIO OLIVER CASTAÑER.

triste real por cada duro ó cinco pesetas que paguen los vecinos por concepto de alquiler, en las grandes  
 capitales podría con facilidad ser pronto un hecho la tan deseada abolición de la odiosa y odiada contribu-  
 ción de consumos.